





AVENTURA EN EL ÁRTICO





AVENTURA EN EL ÁRTICO

Mi vida en los hielos del norte

por

PETER FREUCHEN



Leer y Viajar

INTERfolio

Clásico



PRIMERA PARTE



(Peter Freuchen a los 19 años. Primer viaje a Groenlandia.)



Había pasado todo el día arreglando los arneses y cuando ya no me quedaba nada que hacer pensé que podía dar un paseo sin más preocupación que echar un pie delante del otro. El hambre voraz parece avivar los demás sentidos y, a la vez que mis movimientos eran casi automáticos y estaba demasiado cansado para sentarme y descansar, mi mente se mantenía extraordinariamente alerta.

Era la primera primavera que pasaba en Groenlandia, la de 1907. Gundahl, Jarner y yo habíamos dejado la base de la expedición danesa al noroeste de Groenlandia para familiarizarnos con el paisaje y recoger cuantos ejemplares geológicos pudiéramos. Decidimos empujar los trineos, pues se conoce mejor el país de este modo que no yendo sentado ocupándose de los perros y mirando hacia adelante.

Nos tenían guardados víveres y petróleo en todo el camino, pero al llegar al primer depósito nos encontramos con que se nos había adelantado un oso. Hasta las latas de conservas habían desaparecido: el animal las abrió ve a saber cómo, lo lamió todo y se comió después su conteni-

do. También debió de olisquear el depósito del petróleo y al darse cuenta de que no le servía para nada, lo hizo pedazos de un manotazo. No podríamos encontrar nada, ni almizcleros, ni conejos, ni chochas. El oso que visitó el lugar pocos días antes que nosotros no se molestó en esperarnos para el banquete.

Podíamos volver a otro escondrijo en las islas Koldewey donde teníamos víveres suficientes para varios días mientras estudiábamos las formaciones geológicas. Pero aunque hubiéramos conseguido, dándonos mucha prisa, recorrer doble camino del que recorrimos antes, tardaríamos tres días en llegar a aquellas islas. Emprendimos la marcha ya que no podíamos hacer otra cosa.

Avanzábamos lentamente. Era el quinto día que no comíamos. Estábamos muy débiles y al acampar aquella noche, cortamos unas astillas del trineo para hacer fuego con objeto de derretir hielo y tener agua para beber. Después de colocar la tienda se nos quitaron las ganas de hablar. Era inútil tratar de sobreponerse a la situación, porque estábamos demasiado preocupados para pensar en otra cosa y era tan grande nuestra desesperación que hasta nos irritaba vernos las caras los unos a los otros.

Aburrido y sin saber qué hacer, cogí la escopeta y salí al campo. Vi huellas de conejos, de zorras y de chochas, pero ni un ser viviente en todo lo que alcanzaba la vista. Subí y bajé por los montes: no quería volver a encontrarme con las caras tristes de mis dos compañeros.

Al fin vi un conejo. A menos de estar hambriento como estaba no habría podido descubrirlo. Era un animalito vivo y blanco que se movía entre las piedras. Poco familiarizado con

el hombre, apenas me hizo caso y me permitió acercarme a él. Luego se decidió a huir. Yo disparé, desapareciendo el animal en lo alto de la colina. Cuando llegué al lugar donde le vi por última vez el conejo estaba muerto a pocos pasos.

Experimenté la sensación misma que el náufrago que se salva después de haber perdido toda esperanza. Cogí el conejo muerto y lo sopesé. En el Norte los conejos suelen pesar tres kilos y medio. Comprendí lo que aquello significaba para nosotros: un buen guisado para los tres y una oportunidad única después del tiempo que llevábamos sin comer, que nos parecía una eternidad.

Después de la excitación, me sentí tan débil que tuve que sentarme en una piedra a descansar. Pensé en comerme el conejo. ¿Me lo comería enseguida o esperaría al día siguiente? Quizás lo mejor fuera comerlo sin más dilación y salir luego para el campamento. Era posible que encontrara más en el camino. Mientras descansaba tracé varios planes distintos, todos fundados en el hecho de que tenía un conejo, cuando una hora antes no sabía cuándo podría comer un bocado.

Por fin me levanté y tomé la dirección del campamento. Llevaba el conejo colgado del hombro y me pesaba bastante; no podía avanzar muy deprisa. Entonces pensé:

«Si le abro el vientre y le saco los intestinos, seguramente pesará menos.»

Pero en mi subconsciente mi idea era comerme crudos el hígado y el corazón, sin compartirlos con los compañeros que continuarían hambrientos en la tienda. Me avergoncé enseguida de mi traición y eché a correr. Pero pronto tuve que detenerme a descansar y volvió la tentación con más fuerza todavía.

Puesto que yo había matado el conejo y anduve mucho para alcanzarlo, ¿no tenía derecho a la mitad por lo menos? Si me lo comía, estaría más fuerte y podría trabajar más. Pero si empezaba a comer sería difícil que no acabara por devorarlo todo. ¿Y si me lo comía entero? No tenía necesidad de decirles a Gundahl y a Jarner que había matado un conejo.

Mientras estuviese sentado no podría resistir la tentación. Me puse en pie de un salto.

Recuerdo las voces que hablaban dentro de mí. Con tres kilos y medio de carne colgados del hombro volvían a mí duplicadas todas las torturas del hambre. Empecé a cantar para distraerme y desechar los malos pensamientos que surgían del estómago vacío. Medio canturreando, medio llorando, luchando con la tentación de burlar a mis compañeros que esperaban en la tienda, seguí andando sin apenas poder echar un pie tras otro. Cuando extenuado me dejaba caer en el suelo, sólo podía pensar en mi estómago.

Me decía que podría, por lo menos, comerme las patas del conejo royendo bien los huesos. Y seguramente nadie querría las orejas y por lo tanto podría comérmelas. Finalmente decidí comérmelo todo, confesándome luego que no era hombre a propósito para explorar en el Ártico. Después me sentí más calmado y me dije:

«No, esperaré a llegar a la otra colina.»

Pero cuando llegué arriba, no sé qué me impulsó a decidir que no era lugar a propósito para comer; seguiría más adelante.

Y así, engañando al estómago una y otra vez, alcancé una altura desde la que se veía nuestra tienda en el valle como un puntito blanco que se destacaba en el fondo de las rocas.

Sentí algo así como si me hubieran rescatado, pero estaba más avergonzado de lo que nunca lo estuve en mi vida. Tengo la seguridad de que si en aquel momento no veo la tienda, nada hubiera evitado que traicionara a mis amigos egoístamente.

Y después de aquello jamás habría podido sentirme orgulloso de mí mismo.

Me pareció que llegaba a un puerto seguro después de luchar denodadamente con las aguas de un mar bravío. Jarner y Gundahl me vieron acercarme y me saludaron con gritos débiles, pero de satisfacción. Yo estaba a punto de llorar. Entré en la tienda cansado y agotado y cada vez que les oía alabar la calidad de la carne y lo sabroso de las tajadas del conejo y decirme: «Toma el mejor bocado puesto que has sido tú el que has cazado el conejo», me parecía un sarcasmo. Me fue imposible comer con la misma satisfacción que ellos experimentaban.

En el Ártico todo lo que se hace hay que hacerlo con lucha, con lucha continua por la existencia. Y gran parte del éxito depende del individuo. Si da menos de lo que debe, está perdido y su fracaso puede ser fatal para los que van con él y para él mismo también.

Había oído decir que los exploradores del Ártico son seres inferiores que estarían perdidos en el mundo civilizado. Quizás sea verdad, en algunos casos, pero lo más frecuente es que en ellos se desarrolle el carácter y una fuerza de voluntad férrea. Yo he observado una gran valentía entre los exploradores y todavía más en los nativos; un valor sereno que rara vez se encuentra entre gentes civilizadas. Y sé por experiencia que nadie debe ir al Ártico sin estar muy seguro de sí mismo. Yo tuve la suerte de ver nuestra tienda a tiempo.

En el primer viaje que hice al Ártico no estaba muy seguro de mí mismo. No tenía ningún propósito determinado. No me llevó el deseo de contribuir al conocimiento de la superficie de la tierra. Pensándolo bien, estoy convencido de que no era sino un joven inquieto, cansado de la existencia rutinaria, y fascinado por los relatos de aventuras y heroísmos en el Ártico. Ignoraba en absoluto lo que se me exigiría. Eso lo supe después.

De niño siempre me atrajo el mar, donde pasé gran parte de mi primera juventud, por ser la ciudad en que nació una ciudad de marineros. Tuve el primer barco a los ocho años y si mis maestros se hubieran molestado en buscar a los chicos que hacían novillos, siempre me habrían encontrado en él.

La historia natural me fascinaba aunque su estudio tenía poco porvenir. Es un estudio reservado a los muy aficionados y a los jóvenes de buena posición, y yo sabía que me sería difícilísimo dedicarme a ello. Pero mis aficiones eran tan variadas –por no decir tan poco fijas– que me rebelaba a someterme a una profesión lucrativa y hasta que se acercó la madurez no elegí ninguna.

Por fin ingresé en la Escuela de Medicina de la Universidad de Copenhague, llegando a ser un alumno bastante aceptable. Mi trabajo en los hospitales era satisfactorio y todos los profesores me querían. Estudié mucho, y mis manos, llenas de callos, se suavizaron y se blanquearon. Aproveché las invitaciones que me hacían aprendiendo a bailar y convirtiéndome, por lo menos en apariencia, en un muchacho agradable y respetado, pues cualquier padre no tenía inconveniente alguno en confiar su hija a Peter Freuchen.

Creo que yo estaba tan contento con mi suerte como suelen estarlo todos los muchachos, pero de cuando en cuando me vestía con la ropa más vieja y, pasando por callejuelas retiradas, me iba al puerto a hablar con mis antiguos amigos.

Un día, que estaba yo trabajando en el hospital, ocurrió un accidente en el muelle y llevaron allí a la víctima. Habían creído que estaba muerto, pero luego descubrieron que respiraba. El pobre hombre tenía el cráneo fracturado y no se le reconocía apenas, también padecía fractura en la cintura y rotura de todos los ligamentos. Pero a pesar de ello todavía le latía el corazón.

Todos los médicos aseguraron que se moriría, que era imposible que viviera. Lo dijeron en el momento de reconocerle y luego durante varios meses. Pero no se cumplieron sus pronósticos y seis meses más tarde estaba en vías de recuperación.

Todo el mundo dijo que era un milagro de la medicina y la cirugía modernas: un ser humano surgido de un saco de huesos y carne y de un poco de sangre. Cirujanos ilustres acudieron a Copenhague desde todo el continente para verle, discutiendo el caso, examinándolo detenidamente y sacando fotografías. Por último, los doctores se resignaron a reconocer que podría volver al mundo. Todos le vimos salir del hospital, andar con paso inseguro hasta la esquina y decidirse a cruzar la calle. Y todos vimos, consternados, que un automóvil –uno de los primeros que hubo en Copenhague– lo derribó y lo mató.

Aquello me hizo estallar en una furia impotente. Creí que no tenía temperamento de médico y abandoné la facultad inmediatamente.

En aquella época había empezado una campaña para hacer mapas de la parte oriental de Groenlandia, todavía sin explorar. Se organizó en Dinamarca una expedición que costeaban el Estado y fundaciones particulares, dirigida por Mylius-Erichsen.

Yo deseaba alejarme de los hospitales y de las ironías e irritaciones de la vida de Copenhague y decidí presentarme a las autoridades para ver si me aceptaban como miembro de la expedición. Al principio rechazaron mis servicios, pero yo insistí con Mylius-Erichsen hasta que me prometió un puesto.

II

Dificultades de última hora retrasaron la salida de la expedición y durante el período de espera me enviaron a mí a la Groenlandia del Sur a preparar las provisiones y comprar perros.

Desembarqué en Sukkertoppen, la colonia más grande de la Groenlandia meridional. Me desilusionó mucho la ciudad. Sólo vi antiguas casas danesas completamente familiares. Más tarde descubrí que las viviendas indígenas, chozas de turba y hierba, imposibles de ver de primera intención, estaban metidas en agujeros y cubiertas por la nieve. Resultaba un espectáculo verdaderamente extraño ver a las gentes que salían de la tierra como hormigas humanas.

Me dijeron que un nativo que vivía a algunas horas de distancia en barco, tenía perros para vender y tomé un guía mestizo de esquimal¹ para que me condujera a su casa. Fuimos en un barco de cuero. En la Groenlandia meridional el mar está accesible todo el año y en aquella época todo el mundo utilizaba esta clase de embarcaciones que llaman en el país *barcos de mujeres*, porque son mujeres las que reman en ellos. Para un hombre sería un deshonor ir en un barco de esta clase no siendo de pasajero o de patrón.

Viajar en estos barcos es una delicia. Flotan como grandes gaviotas moviéndose sin que entre en ellos más agua que la que salpica de las crestas de las olas. Y aun esto podría hundirlos si no fuera por el ardid de que se valen los esquimales: cada barco de estos va rodeado de los cazadores en sus kayaks. Estos kayaks son destructores ligeros y el barco el transporte pesado. Los hombres van en ellos sin preocuparse, lanzando flechas a los pájaros y en ocasiones tratando de arponear a una

¹ En 1977 se celebró en Barrow (Alaska), la primera Inuit Circumpolar Conference o Council (ICC) que reunía a los representantes de distintos grupos inuit de Alaska, Canadá y Groenlandia. En ella se decidió que debía usarse la palabra «inuit», plural de «inuk», para designar a cualquier grupo esquimal, con independencia del nombre que se diera a sí mismo localmente o en su lugar de origen. El término «esquimal» quedaba así obsoleto oficialmente y era sustituido por el nombre correcto de «inuit» que significa «personas» o «seres humanos».

No obstante, hemos optado en esta edición por dejar el término utilizado originalmente en la obra.

Se pueden consultar más detalles sobre estos términos en el prólogo de Francesc Bailón a la obra de Rasmussen *De la Groenlandia al Pacífico*, dos años de intimidad con tribus esquimales desconocidas, que está disponible en www.interfolio.es

ballena. En alta mar los kayaks se despliegan a barlovento del barco y reciben las salpicaduras de las olas. Los tripulantes llevan impermeables que los cubren totalmente y se ríen del agua.

Cuando hay tormenta, el tripulante del kayak puede darle la vuelta a la embarcación con objeto de protegerse del castigo de las olas. Si el que lleva el kayak continúa sentado y le cae encima el oleaje podría romperle la espalda. Por eso debe agacharse y dejar que la fuerza de las olas se estrelle contra la quilla del barco.

Cuando fui a comprar los perros me senté en la popa de la embarcación observando con gran satisfacción la táctica del barquero. Pero como no tenía costumbre de permanecer inactivo mientras trabajaban las mujeres, insistí en que me permitieran remar, lo que hice con gran diversión para los hombres y las mujeres. Al poco tiempo de seguir el ritmo que llevaban estas ya no podía más y no les costó gran esfuerzo hacer que entregara el remo a la joven que me estaba entrenando.

El vigor y la fuerza de estas muchachas es asombroso. Reman durante todo el día sin dejar de cantar, casi siempre canciones alusivas al trabajo del momento, siguiendo una tonadilla familiar danesa. Se ríen, cuentan cuentos y se burlan del pasajero que no entiende lo que dicen.

La mayoría de las que iban en mi barco eran viejas. Cuando nos deteníamos a descansar siempre se acercaba algún marinero joven, de unos quince años, para saludar a su madre que era una de las remeras. Esta se inclinaba sobre la borda, se levantaba la chaqueta o la blusa y le daba de mamar al chico como si fuera un bebé de un año o menos. Más tarde me ente-

ré de que era costumbre entre los indígenas que el más joven de los chicos mamara durante muchos años y conocí a un muchacho al que dio el pecho su madre hasta que se casó. Las mujeres esquimales tienen a orgullo y consideran una señal de juventud, el poder amamantar a un hijo aunque sea ya adolescente. Cuando deja de hacerlo ya es vieja.

Pasamos en la barca por fiordos y dimos la vuelta a altos promontorios de rocas. No hay nada más impresionante que un fiordo de Groenlandia en verano. Está rodeado por montes cubiertos de nieve en la cresta y el aire es diáfano como cristal y tranquilo como la muerte. Las cumbres empinadas se reflejan en el espejo de las aguas y los majestuosos témpanos que flotan en la superficie brillan con colores maravillosos. Resueñan alegres las voces de los nativos y todo da sensación de vida.

Empleamos en la excursión trece horas, por lo que suponía yo que las remeras estarían cansadísimas. Pero cuando se enteraron de que iba a haber baile aquella noche en casa del capataz de los obreros, lanzaron exclamaciones de alegría. ¡Una noche de baile después de un día de remar sin cesar era un verdadero descanso para ellas!

Una de las muchachas en que me fijé durante el viaje, que se llamaba Arnarak, era muy guapa. Dijo que tenía un vestido especial para el baile y yo la acompañé a casa de su padre a vestirse. El padre era cazador y me recibió con gran cordialidad.

La joven se vistió viendo enseguida que tenía que peinarse de nuevo. Se soltó el pelo, verdaderamente bello, produciéndome una impresión extraña ver que le llegaba al suelo. El sol que entraba por la ventana le daba los reflejos del ala de un

cuervo. Mi corazón de marinero saltó de alegría y pensé que sentiría un gran orgullo llevándola como pareja al baile.

Todo habría marchado como sobre ruedas si la muchacha no hubiese sentido el deseo de impresionar a un blanco. Para demostrarme lo extraordinariamente limpia que era, sacó de debajo de un anaquel un gran cubo de orina humana que usaban para curtir las pieles y para lavar. Con mucho cuidado metió el pelo en el cubo y se lo lavó, logrando con aquel gesto enfriar mi amor y que bajara mi admiración como la marea en el Canal de la Mancha.

Al llegar al taller estaba desilusionado. Volví a entusiasmarme luego porque Arnarak se había arreglado el pelo haciéndose una especie de moño complicado que se movía mientras bailaba. Por fortuna yo era alto y ella bajita. Como el techo del taller era también bajo, yo tuve que inclinarme hacia ella al bailar, no pudiendo por menos que recordar la escena que habría dado cualquier cosa por olvidar.

Pero teníamos que bailar (contradanzas que los nativos aprendieron de los daneses) y lo hicimos a los sonos de un acordeón que tocaba un esquimal. Solamente sabía tocar algunas tonadillas que oyó a los marineros daneses que visitaban Groenlandia, pero sacaba tanto partido del ronco instrumento que compensaba lo limitado del repertorio. Otro nativo les daba a las danzas su nombre en esquimal, lo cual me desconcertó bastante apartándome de los demás. Conseguí, mirando a todas partes, descubrir un tragaluz en el techo que abría hacia el ático. Lo levanté y por fin pude bailar el resto de la noche completamente derecho con todos los demás bailarines dando vueltas en torno mío. Claro que mi radio de acción era limitadísimo y el olor de las pieles sin curtir que

había en el ático, mezclado con el de las trenzas de mi pareja, me producía cierto malestar, pero al fin logré divertirme tanto como los demás muchachos.

¡Qué bellos días aquellos de Groenlandia!

III

De vuelta en Dinamarca esperaba que la expedición estaría ya en condiciones de salir para el Ártico, pero todo se hallaba todavía sin terminar. La tripulación tropezó con dificultades insuperables para almacenar los víveres, el barco necesitaba reparaciones indispensables, y constantemente nos detenían visitas que deseaban ver el barco, los perros, los instrumentos y a los valientes que se disponían a arriesgar sus vidas por la ciencia.

Los centenares de curiosos hacían poco menos que imposible nuestra partida. De ordinario cuando un barco sale del puerto, nadie se fija en él. Pero si una determinada embarcación parte hacia un rumbo desconocido y con peligro de muerte para alguno o para todos los que van en él, la multitud lo rodea como las moscas a la carroña.

La expedición era la más numerosa que había salido nunca desde Dinamarca hacia el Ártico y nuestra partida fue anunciada con una gran publicidad que atrajo al muelle al príncipe de Dinamarca (más tarde el Rey) y a un príncipe alemán.